

ELLOS
SECUENCIAS DEL DESASOSIEGO

KAY DICK

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS
DE ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN



TÍTULO ORIGINAL: *They. A sequence of unease.*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © 1977 by Kay Dick
© de la traducción, Enrique Maldonado Roldán, 2023
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2023
© de la ilustración de cubierta, Ruth Hernández, 2023

Derechos exclusivos de traducción en lengua española para España: Automática Editorial S.L.U.

ISBN: 978-84-15509-88-2
DEPÓSITO LEGAL: M-15141-2023

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Kadmos

Primera edición en Automática: mayo de 2023

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

ELLOS
SECUENCIAS DEL DESASOSIEGO

KAY DICK

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS
DE ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN



A Judith Burnley y Francis King

ÍNDICE

PELIGRO EN EL HORIZONTE	– 9
LOS VISITANTES	– 23
REDUCTO DE TRANQUILIDAD	– 35
PIEDRA DEL DESASOSIEGO	– 49
EL VALLE HERMOSO	– 63
UN DÍA ALEGRE	– 77
EL JUEGO DEL DESTINO	– 89
EL JARDÍN	– 105
HOLA, AMOR	– 119

PELIGRO EN EL HORIZONTE

Bajo la luz de primeros de septiembre, la casa de Karr tenía un aspecto espléndido. Era, de hecho, estupenda. Desde el tejado ofrecía una panorámica completa del mar. Karr me invitó a subir para que pudiera orientarme. La perspectiva era la de un triángulo que se estrechaba. Era fácil imaginar que Karr vivía en una isla: una lengua de tierra entre dos estrechos ríos, uno que se ensanchaba conforme llegaba al mar, el otro, un canal en el que flotaban algunos cisnes. En parte pradera y en parte marisma, por aquí y por allá se diseminaban manojos de altos juncos y montículos de arena. Santuario natural de aves, el espectador entendía que el vuelo era parte del paisaje.

La casa de Karr estaba encaramada a gran altura y rodeada de muros: una medida de precaución frente a las inundaciones. Hortensias gigantes, más bien árboles pequeños que arbustos, enraizaban estratégicamente entre los adoquines ovalados de la terraza; flores de diversas tonalidades de rosa

centelleaban al sol de otoño, una insolente abundancia de prosperidad orientada al sur. Cuando bajamos a contemplarlas pude ver que Karr se ocupaba de ellas todos los días, representaban ritual y cuidados.

—Me gusta el contraste —comenté.

Karr me entendió.

La puerta delantera estaba abierta, desde ahí me había visto subir el empinado camino de acceso, atravesando el pequeño bosque: un oasis en el estuario circundante.

—Esos árboles se plantaron hace mucho tiempo —me dijo—. ¿Te ha resultado difícil llegar?

—Al principio sí, pero en cuanto vi la vieja capilla de los marineros, supe que no estaba lejos.

—¿Entraste?

Le conté lo que había hecho en el interior de la capilla: abrí la Biblia por una página al azar, cerré los ojos y puse el dedo en una de las páginas. El juego de adivinación propio de mi infancia.

—¿Qué señaló el dedo? —Quiso saber Karr.

—¡El libro de las Revelaciones, por supuesto! —respondí con una risita tímida—. «Mira, vengo como ladrón».¹

—Te dejaste la casita, que está detrás de la capilla. Iremos más tarde.

Los criados eran muy discretos, sus idas y venidas pasaban prácticamente desapercibidas. El niño,

¹ Apocalipsis, 16:15. El libro bíblico del Apocalipsis es conocido en la tradición anglosajona como libro de las Revelaciones, en consonancia con el significado del término griego *apokálypsis*.

Jake, nos presentó a su cachorro, un labrador negro que le llegaba a la barbilla.

—Se llama Omar. Por el poeta que ya sabes.

Nos sentamos al pie de la austera escalera y nos contamos historias hasta que Jake anunció que era la hora del paseo de Omar.

Fui a buscar a Karr a la biblioteca. Las ventanas se abrían a la terraza.

—Puedes venir siempre que quieras —me dijo Karr, que estaba delante de la ventana abierta mirando al cielo—. ¿Vamos a ver a Claire?

La planta baja de la casita de la capilla había sido transformada en un estudio. Miré el cuadro que Claire acababa de terminar. Era amarillo, completamente amarillo, con todas las variedades y tonalidades del amarillo. Apenas soportaba mirarlo. Salí, me tiré en la hierba y empecé a rodar.

—Es hermoso, ¿verdad? —dijo Karr.

—Insoportablemente hermoso —contesté.

Volví a entrar y lo miré de nuevo.

—Si quieres, te lo regalo —propuso Claire.

—Todavía no —respondí con angustia—.
Todavía no.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —preguntó Karr.

—No creo que me vaya a pasar nada —le contesté—. Cruzaré por el puente del canal.

Jake y Omar me esperaban en el puente. Se despidieron de mí cuando torcí hacia la carretera de la costa.

Cuando llegué a casa el sol arrugaba el horizonte sobre el mar con un siena quemado. Abrí las ventanas y me asomé para mirar las rocas del fondo del acantilado. La marea estaba cambiando. Las gaviotas revoloteaban, listas para la última captura de la tarde, mientras las olas se arrastraban tierra adentro una vez más.

Escribí dos cartas, una para Karr y otra para Claire. Bajé a la playa por el sendero más directo y vertical y recogí algunos guijarros perforados más en las pozas de marea verdes formadas en las rocas. Por mis dedos correteaban pequeños cangrejos. Hice un paquete con tres de las piedras, iba dirigido a Jake. «Son esculturas del mar. Tienes que ponerles nombre», escribí en una hoja de papel azul.

Decidí ir al pueblo. Solo había un desconocido sentado en el banco frente al embarcadero en ruinas. Pasé dos veces a su lado, pero no miró en mi dirección. De las noticias que se podían saber me enteré en la tienda:

—Ahora son los libros de Oxford.

Respondí asintiendo como si no me interesara.

Al día siguiente, temprano, eché a andar por la playa, en dirección al sol. Puse a prueba mi capacidad para recordar la poesía de Keats. Llegué al estuario justo después del mediodía. Trepando por la abrupta orilla del río perturbé una colonia de mariposas. Jake y Omar me estaban esperando arriba. De camino a casa de Karr le conté a Jake otra historia, una más extensa en esta ocasión.

—Ha llegado Garth —anunció Karr—. Ha traído su piano.

—¿A la capilla? —pregunté.

—Sí, se ha instalado para recordar. —Karr se detuvo de pronto y miró hacia el río a través de sus prismáticos Zeiss Telita—. Será mejor que te quedes a pasar la noche.

Concluido el almuerzo, abrí la puerta de la capilla. Garth estaba sentado al piano y miraba fijamente las teclas.

—Tiene que ser posible recordarlo todo —decía.

—Con tiempo, sí —respondí, y salí de nuevo.

Intercepté a Jake, que iba a ver a Garth.

—Está recordando —le dije—. Luego.

Cogidos de la mano fuimos a la casita de la capilla. Omar se abalanzó sobre alguna criatura que olió entre los árboles.

—No te importa en absoluto, ¿verdad? —pregunté a Claire.

—No tengo tiempo para que me importe —dijo sin dejar de pintar.

Jake la observaba con atención.

—¿Vendrás a casa de Karr esta noche?

—Supongo que sí. —Claire me miró y me dio un beso.

El lienzo que estaba pintando era azul, completamente azul, con todas las variedades y tonalidades del azul. Jake salió fuera. Lloraba. Omar le lamió las lágrimas.

—Vayamos a ver las gallinetas —le propuse.

Volvimos a casa de Karr subiendo por los escalones del muro exterior que desembocaban en la terraza. Los criados estaban sirviendo el té.

—Jugaremos al ajedrez después de la cena —dijo Karr—, hasta que se vayan a la cama.

—¿Está Claire enamorada de Garth? —pregunté.

—¿No estamos todos enamorados? —respondió con una sonrisa dirigida a Jake.

—Tiene que haber la posibilidad... —empecé a decir.

—¿De que nos pasen por alto?

—Supongo que eso es a lo que me refiero.

—Nos alcanzarán a todos —sentenció Karr.

Fui a la biblioteca y leí hasta la hora de la cena. Jake me observaba con atención. Karr regaba las hortensias.

Claire y Garth llegaron sonriendo. «Garth ha recordado», pensé cuando vi la mirada desafiante en sus ojos. «Mientras Karr y yo jugamos al ajedrez, le hará el amor a Claire en la casita y luego regresará a la capilla y tocará lo que ha recordado. Jake se escabullirá de la cama y llegará sigiloso, como un animal nocturno. Abrirá la puerta, la cerrará a su espalda y escuchará a Garth con atención». Supe todo aquello mientras esperábamos a que llegara la noche.

—Tienes un sirviente nuevo.

Era Claire la que hablaba con Karr.

—Sí. Lo han mandado ellos. —Karr estaba impertérrito.

—Era de esperar —dijo Garth, que parecía desazonado—. ¿Debería marcharme?

—Es imperativo que te quedes —respondió Karr.

Me desperté al amanecer. Escribí una nota a Garth y, de camino a casa, la deslicé por debajo de la puerta de la capilla. En el trayecto de vuelta comprobé mi capacidad para recordar las últimas novelas de Henry James. En mi biblioteca faltaba mi ejemplar de *Middlemarch*. Me senté en el jardín y pensé en Garth recordando la música y en Claire pintando. Dejé de tener miedo. Compuse un poema para Jake.

Claire vino a verme por la tarde. Traía una cesta llena de zarzamoras que había recogido por el camino. Entre puñado y puñado de moras nos leímos poemas. Todos contenían alguna parte de nuestras vidas por separado.

—Ya nunca cierro con llave —le dije—. Anoche se llevaron otro libro.

—Sí, están cada vez más activos.

—Su abordaje es más lento en esta parte del país.

—El francotirador ocasional —dijo Claire riéndose.

—¡La vanguardia!

Nos estremecíamos de histeria.

—Garth lo perdió todo de una vez —añadió Claire—. Todas las partituras a la vez. Aquí es más subrepticio.

Me atreví con la pregunta que más quería hacer:

—¿Es la memoria de Jake lo bastante buena?

—Karr lo ha entrenado bien —respondió Claire.

—¿Lo intuirán?

—Posiblemente no —dijo Claire, que prosiguió después de una pausa—: Al menos no todo al mismo tiempo, no creo. Con suerte, y con tiempo, tal vez salga bien.

—¿Y una sobrecarga? —No pude evitar sacar a relucir mi miedo.

—No a su edad. Sus células memorísticas están en el momento más receptivo. —Claire hablaba con confianza.

Cuando se marchaba, le entregué el poema que había escrito para Jake. Pasé el día siguiente nadando y tomando el sol, acumulando sal y sol en el cuerpo, almacenando reservas. Con las zapatillas de tenis colgadas del cuello, llegué chapoteando al espigón y me quedé observando al pescador que atrapaba gambas y cangrejos cuando el agua se retiraba de las rocas.

—Ayer fue Londres —dijo—. Calculan que hará falta una semana.

Me puse las gafas de sol.

—Ese es todo un botín —dije señalando su cubo.

—Estúpidos cabrones —respondió el pescador—, se escabullen bajo las rocas.

—Algunos escapan —le dije cuando se trasladaba a otra poza.

Jake y Omar me estaban esperando en casa.

—Karr dice que puedo quedarme a pasar la noche.

Alimentamos a Omar.

—Vinieron cuando estaba fuera esperándote —me contó entonces Jake. Parecía preocupado.

Faltaban los poemas de Shelley y el *Diario* de Katherine Mansfield. «Se están volviendo codiciosos», pensé. Mientras Jake cenaba le conté otra historia.

—¿Qué es un periódico? —preguntó.

Dormí profundamente aquella noche. Nunca se presentaban si estabas en casa. Desde su perspectiva, la confrontación era un derroche de energía innecesario, un lujo que aplazaban. Las actuaciones furtivas eran una tortura más difícil de soportar: era su forma de castigar. Únicamente adoptaban medidas más agresivas si se sobrepasaba el límite establecido.

Al cruzar el puente sobre el canal que llevaba a casa de Karr nos topamos con Garth.

—El nuevo criado de Karr... está vigilando a Claire —dijo.

El nuevo lienzo era verde, completamente verde, con todas las variedades y tonalidades del verde. Garth volvió la cara a la pared. El criado de Karr se marchó. Claire se echó a reír, y yo habría sido capaz de morir por ella.

Entró Karr.

—No debéis ser excesivamente osados —dijo dirigiéndose a Claire—. Llamaría demasiado la atención.

Karr alejó a Jake del lienzo y lo condujo al bosque. Claire se sentó, gimoteaba dolida.